

Noli me tangere

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

De todas las tentaciones intelectuales que asedian al ser humano seduciéndolo con promesas de un futuro pleno que siempre queda más allá, acrecentando el deseo desde su lejanía, la del dualismo quizá sea la más presente, resistente y exitosa. Las diferentes culturas humanas han recogido, en algún momento y lugar de su desarrollo, una visión del mundo y del ser humano dividido en dos realidades que, comunicándose entre sí, se mantienen separadas e, incluso, en conflicto permanente: el alma y el cuerpo, la mente y la materia, el mundo y el yo, la naturaleza y la libertad. Tal dualismo, además, encuentra maneras asombrosas de adaptarse a la evolución del conocimiento y de resistir las diversas pruebas a las que es sometida por la propia experiencia del ser humano que certifica, una y otra vez, su inescapable, aunque incomprensible, sujeción a un solo mundo y a sí mismo como cuerpo. La capacidad de adaptación del dualismo está tan acrisolada que cosecha triunfos en cada eón inspirando modelos educativos, cánones estéticos, enfoques médicos y psiquiátricos, recomendaciones deportivas y hasta sexuales, modos de comunicación humana y, sobre todo, alimenta sin cesar la promesa de que nuestra plenitud está siempre más allá del mundo y de nosotros mismos.

Aunque las manifestaciones del dualismo son (cuasi)universales, el Occidente *grecocristiano* se lleva la palma en la creación, presencia, difusión y transformación permanente de tal dualismo. ¿No es el transhumanismo una nueva forma de dualismo, revestida de tecnologías de última generación, que promete, nada más y nada menos, que la superación de la muerte al considerar el cuerpo un mero soporte defectuoso de nuestra maravillosa mente? ¿Qué diría Nietzsche de estos últimos profetas del ultrahombre que quieren hacer desaparecer nuestros cuerpos como frontera liminar de nuestra finitud!

Desde luego que el dualismo no es pura arbitrariedad, pues se origina a partir de experiencias muy humanas que son interpretadas, eso sí, bajo la tentación de la división originaria. Si al soñar parece como si saliéramos de nosotros mismos, visitáramos nuevos mundos, abandonando durante un corto espacio de tiempo nuestra nave nodriza que es el cuerpo, al despertar, sentimos como si hubiéramos regresado al presente, nos domina el aturdimiento de la primera vigilia y tenemos que palpamos la cara para reconocer que seguimos siendo nosotros mismos. Nos preguntamos, entonces, quiénes somos, si el espíritu que abandonó su cuerpo durante el sueño para vivir una aventura o una pesadilla o este pobre cuerpo que posa sus pies en el suelo y saluda, renqueante, al nuevo día. ¿Y si es que somos las dos realidades trágicamente separadas?

Imaginemos, también, las primeras experiencias con el fuego: esa mezcla de fascinación fruto de la visión magnética del fuego junto a la precaución de nuestro tacto de no quemarse y sentir dolor. Nuestra mirada se queda prendada del fuego, dominando sus figuras desde la distancia, mientras lo representa en su interior, transformándolo en la metáfora preferida del conocimiento, aquella que lo vincula con la luz y la visión. Una mera *idea* no es más que un sustantivo del verbo griego para referir el aspecto visible de algo. Ya decía Aristóteles el viejo que, de todos los sentidos, el de la vista es el que más amamos. Pero ahí sigue el tacto, indeciso ante el fuego, pues si quiere cocinar el alimento ha de aventurarse en su proximidad y si es el frío lo que le atenaza no le queda otra que sentir la leve herida del fuego que va secando su piel. El tacto devuelve nuestra visión al cuerpo del que nunca ha salido, así como el contacto con el otro, la suave caricia o el abrazo de los cuerpos que se aman nos clavan dulcemente a la gloria de nuestro cuerpo.

La lengua también nos extravía por los caminos del dualismo al proponernos pronombres, como *yo*, de los que solo sabemos hablar en reflexivo *-yo mismo, sí mismo-* queriendo significar que en el reino interior de la mismidad reside el último de los secretos de la propia identidad, inaccesible para los otros, tesoro precioso para cada uno que, en ocasiones, se deja ver en la señales que emitimos en nuestro cuerpo pero que no se reducen a ellas. La cara es el espejo del alma, decimos, pero los espejos son objetos que se poseen: ¿por qué nunca decimos que somos un cuerpo y llenamos nuestro habla con el blablabla de la identidad interior que somos y del cuerpo que tenemos?

¿Qué son el fuego y el habla si no tecnologías humanas? La tecnología nos promete trascender continuamente nuestra corporalidad como si el cuerpo fuera una contingencia, un accidente, uno de esos errores que comete la evolución en las mutaciones moleculares que la gobiernan. El transhumanismo no es un invento del presente, en realidad, nos persigue desde que la humanidad empuñó los primeros instrumentos y vio un futuro de superación continua de sus propios límites. Vio, aunque nunca lo ha tocado, pero ya sabemos que no es el tacto el sentido que más apreciamos. *No me toques*, dijo Jesús resucitado a la Magdalena que, viendo a su querido amigo, anhelaba tocarlo. *Si no toco sus heridas...*, dijo el apóstol Tomás, desafiando en su origen todo el dualismo *grecocristiano* que se apoderará del legado del nazareno.

Anhelamos tocar, necesitamos el contacto, somos cuerpos que no solo se alimentan de la visión y la imagen. ¿Qué anhela, si no, la humanidad confinada? Durante estas semanas somos cuerpos en los espejos de nuestras pantallas, nos miramos a nosotros mismos en una celebración macabra de un narcisismo no querido mientras damos clase, nos reunimos o tratamos de conversar con nuestros padres, hermanos y amigos. Nuestra voz se transforma en datos que la distorsionan, la vuelven más áspera y, casi lo peor, se almacena en armarios al servicio de mercados de ideas y de sueños romos. ¿Dónde

quedan los susurros que acarician nuestro oído y recorren nuestro cuerpo? ¿Qué es de las miradas que casi se tocan cuando están cerca? ¿Qué será de los secretos? Nuestro tacto se atrofia en este festival del nuevo dualismo tecnológico que nos ata a las sillas y nos conecta, pero nosotros anhelamos el contacto, incluso a sabiendas de que nos devuelve a la finitud dolorosa de nuestros cuerpos que no puede superarse en los placeres necesarios, aunque siempre efímeros, que jalonan de pequeñas glorias nuestra existencia.

Siempre tendremos el tacto y el contacto para recordarnos que somos cuerpo y que, incluso, en sus momentos más fatales de dolor, enfermedad y muerte podemos seguir celebrando la alegría que significa haber vivido.